

# NO ME TOQUES

barbarie contra las mujeres

---

JUAN CARLOS CALDERÓN VIVANCO

*Para Adriana*

© **No me toques**

Juan Carlos Calderón Vivanco

Primera Edición, abril 2016

Se puede reproducir este material con la condición de citar la fuente.

ISBN 978-9942-14-272-6

Derecho de Autor No. 048212

Diseño: Luis Argüello

Fotoilustración de portada: Luis Argüello

Fotografía del autor: Paúl Navarrete

Impresión: Artes Gráficas SILVA. Telf.: 2551-236

Ejemplares:

1.000 libros

Quito - Ecuador

Nota del Impresor:

Las opiniones y comentarios, así como el contenido y las fotografías son de exclusiva responsabilidad del autor de este libro y no compromete de modo alguno a Artes Gráficas SILVA.

*Nuestras derrotas lo único  
que demuestran es que somos pocos  
los que luchamos contra la infamia.  
Y de los espectadores, esperamos  
que al menos se sientan avergonzados.*

**Bertolt Brecht**

*La vergüenza es ira  
vuelta contra uno mismo:  
si una nación entera se avergüenza  
es un león que se agazapa  
para saltar.*

**Octavio Paz**

PARTE  
I

## Ximena

El barrio siempre había sido peligroso. Así que, como en todas las mañanas de su vida, desde que había salido por primera vez a comprar a la tienda, hasta ahora que emprendía un nuevo recorrido para ir al trabajo, su madre le advirtió que tuviera cuidado. Las normas eran simples y a sus 23 años de edad se las sabía de memoria; algo que se le había repetido desde muy niña y que en muchas ocasiones la habían salvado de los cazadores de chicas. Mirar adelante por si alguien se le viene encima, mirar de vez en cuando hacia atrás para darse cuenta si alguien la seguía; caminar por la mitad de la vereda para tener oportunidad de correr a cualquiera de los lados, preferiblemente hacia la calle, pues su hipotético agresor podía empujarla contra la pared o llevarla hacia un solar vacío de los muchos que tenía la ciudad y que nadie controlaba en el sur a pesar de que se sabía que eran el refugio de violadores y asaltantes. Eso también se lo decía su mamá, siempre, antes de salir, como una azafata que advierte a sus pasajeros con movimientos rítmicos e inútiles sobre las salidas de emergencia. Y Ximena ponía tanta atención como la que pondría un ejecutivo de ventas en su nonagésimo vuelo anual. Pero igualmente la escuchó en silencio y con respeto, recibió como desayuno su agua aromática con el pan amasado de la casa y puso la frente para la bendición. Quizá por eso y, lo creía firmemente, por su devoción sin rajaduras al Cristo del Consuelo —al que cada

año Viernes Santo desde hace diez años rendía homenaje, y la encomienda que su madre hizo al Divino Niño cuando cumplió doce años para que la protegiera de los malos caminos, las malas amigas, los malos hombres, las desgracias naturales, del embarazo prematuro y no deseado, las pandillas, los chismes y la mala suerte—; es que nunca le había pasado algo más de uno que otro susto. Nada del otro mundo, como para ratificar que las advertencias de todos los días de su mamá no eran cosa de la neurosis propia de las madres.

Así que recibió la bendición con las manos juntas sobre el pecho y la rodilla izquierda un poco inclinada, con la frente apuntando al piso y los ojos cerrados.

—Ya mijita, vaya con Dios, que la Virgen me la proteja, le dijo Martha, su madre.

Cerró la puerta metálica y despostillada con un golpe seco. Se miró el pantalón y la blusa. Bluyín azul y blusa blanca. El trabajo de dependienta en un bazar del centro no exigía mayores elegancias, menos con los 100 dólares mensuales que le pagaban por estar más de diez horas de pie detrás de un mostrador de vidrio, sonriendo a pesar del cansancio y la mala paga. Qué más quedaba pensó, al dar el primer paso con el pie derecho, como hacía siempre al salir a la calle por consejo de sus tías. Con los tres años que conservaba este trabajo ya sabía la rutina de cuidados que tenía que hacer, aunque en el barrio la conocían desde chiquita, respetaban a su familia, y era de la zona, y eso para los ladrones, al menos los de antes, era sagrado: nunca robes a los vecinos o conocidos.

Caminó hasta la parada de la ruta 118 que la dejaba a unas ocho cuadras de distancia en la parada del colegio de Guayaquil, donde se había graduado de bachiller siendo escolta de la bandera. Ahí se bajó frente al siempre imponente edificio antiguo de dos plantas, ahora descascarándose porque no lo habían pintado en los últimos

tiempos, pudo suponer.

En la vereda tomaría hacia la derecha, y empezó a caminar siempre por el medio, con la seguridad de quien domina ya el mundo de la calle. Llegar al trabajo le tomaría tres cuadras, unos cinco minutos a paso lento pues tenía tiempo suficiente para entrar a las ocho de la mañana. Así que siempre tuvo el tiempo de ver y saludar al limpia-botas, Don Luis que la miraba desde su invalidez con ojos golosos y ella respondía con la mirada de guayaquileña vanidosa con que recibía los halagos y los piropos cuando no eran groseros.

Dejó atrás a su admirador de silla de ruedas y siguió hacia el centro, siempre cuidándose de tomar el medio de la vereda. Empezó en ese momento a disfrutar de la caminata. La brisa de julio volvía una delicia cualquier paseo al aire libre. Era un soplo de frescura que opacaba toda prevención de la calle. Aún el ruido estridente de los buses, los pitos constantes, los gritos a todo pulmón se opacaban bajo un colchón de gozo interior. Se detuvo en un paradero de buses a la espera de un transporte que acelerara su llegada al trabajo. Vio pasar a una mujer, gritando como si hubiera perdido a su hijo. Apretó su cartera contra la cintura y se apegó instintivamente a la pared. Sintió entonces un durísimo jalón en su brazo derecho. Pensó que sería Luis, con quien había discutido el día anterior. Celoso como siempre. No vio la cara de quien la atraía con furia, lastimándola. Siempre desde atrás. No podía ver su cara. Iba a gritar cuando sintió el golpe en la boca, de una mano, una mano pesada, de hombre según pudo entender. Sintió algo húmedo y caliente en los labios. Sangre. Le entró el pánico. En milésimas de segundo supo que era un asalto. Quiso mirar quién era, una reacción natural: con la vista evaluamos los daños, estamos seguros, rompemos el miedo. Nada peor que la oscuridad. No pudo. Sabía que en el sitio había mucha gente, espero que alguien reaccionaria, que la ayudara. Nada, nadie.

La tenía sujeta de los largos cabellos, y le empujaba la cabeza hacia delante. Buscó ayuda en los demás, entre los que pasaban por esa vereda en ese momento. Miró una mujer morena, gorda, grande, con un vestido amarillo ajustado que sobreexponía sus carnes, pero la mujer se hizo a un lado con una mirada de lástima. La reconoció al punto, como una de las vendedoras ambulantes de la vereda, pero la gorda se hizo la loca. El hombre la sujetaba con más fuerza y le tapaba la boca. Empezaron a caminar. Avanzaron rápidamente por la vereda, en una hora en la cual había muchos carros y conductores en la calle, y mucha gente en la vía peatonal. Él iba detrás, ella adelante, pegados como un solo cuerpo. Hacían, suponía ella, una figura grotesca. El calor la empezó a molestar intensamente en la espalda. Sentía la piel empapada, y poco a poco la sensación pegajosa y molesta se le extendió por el cuello, los pechos, las axilas. Ximena vio un vendedor con su carrito de víveres. Estaba a unos cinco metros adelante. Sentado bajo la sombrilla y encima de una llanta de bicicleta. Ella esperó que se fijara en su mirada de terror, aunque aún no había empezado a llorar. Ojalá se fije, pidió, Dios mío, Dios mío, en la mano de su captor sobre su boca, en lo extraño de esa pareja. El vendedor gritó ¡eeepa! ¡A ver el aguacate, sabroso el aguacate! Pasaron a su lado, ella le clavó la mirada suplicante y el vendedor la miró, luego miró al hombre que la retenía y finalmente miró al vacío. Guardó silencio y les siguió con los ojos, pero cuando comprendió de lo que se trataba llegó una mujer anciana, con el cabello blanco y un vestido ralo y viejo color café y pidió una fruta. La vieja se fue y el hombre vio a la extraña pareja alejarse más aún. Reconoció al hombre, el tipo era de la zona, nada que ver. Salados pelada, pero no hay chance, murmuró.

Ximena sintió el vacío de la calle. Sintió el aliento del tipo sobre la oreja derecha y luego oyó su voz ronca: ni se te ocurra gritar hija

de puta o llamar a alguien que te clavo el chuzo. Ella sintió de nuevo la punta en la costilla.

—Camina que solo quiero hablar contigo.

Y mientras la llevaba ya dos cuadras hacia un lugar que ella desconocía, el hombre, siempre detrás y muy pegado a su cadera, le quitaba las joyas. Primero le arrancó el arete de oro y piedras de la oreja derecha. De un solo tirón. Ella solo advirtió el hilillo húmedo y caliente que bajó por su cuello. Pensó que algo la había picado. Cuando sintió el jalón de la oreja izquierda se dio cuenta que el tipo, además de llevarla a la fuerza la iba robando. Luego la obligó a quitarse el anillo de oro que le regaló su madre por cumplir los 18 años, y el de fantasía que le obsequió Luis al otro día de su primera relación sexual, en señal de compromiso de vida y de muerte. Finalmente se guardó el monedero, donde apenas contaba con un dólar cincuenta, a duras penas para el almuerzo y el pasaje de regreso. Y como un inusitado tesoro, se encontró con su Biblia, que siempre llevaba en el bolso, como amuleto de su fe nunca fisurada.

Pensó en los ojos vacíos de la gente que la miraba, o que miraba la escena sin inmutarse, que pasaba de deprimida y se hacía a un lado. Quería gritar por ayuda, pero tenía la boca hinchada, pero así hubiera gritado, pensó, nadie hubiera respondido.

La voz del hombre que la retenía en una de las calles más transitadas de la ciudad, a las 8H30, le dijo con un susurro grueso y perturbado:

—Oye, chucha de tu madre, si te mueves te mato. Si gritas te mato. Si te quieres escapar te mato. Muévete, que quiero hablar contigo.

—¿Hablar de qué? se atrevió a preguntar.

—Allá te explico.

Así pasaron por las calles Gómez Rendón y García Moreno. Muy

cerca de su trabajo. Tuvo la esperanza que algún conocido se diera cuenta, algún compañero, cliente, proveedor realizara el milagro de cruzarse con ellos. Nada. Cuatro cuadras que la llevaba ya en una posición inverosímil y anormal para cualquier pareja. El detrás, empujándola, muy pegadito, como en un acto obsceno.

El hombre la arrastró cuadra tras cuadra. Ximena no sabía cuánto habían caminado, pero le parecía demasiado a esas alturas, quizá ya media hora de lo que la había asaltado y secuestrado a la altura del colegio donde estudiaba. No podía saber su destino. Si se trataba de un secuestro express, tan de moda en las noticias en ese momento. Sabía de historias de amigas y compañeras que habían sufrido el mismo percance, pero en muchos casos se trataba de novios desesperados, de pretendientes frustrados, o de simples delincuentes de las pandillas, que se sacaban unos diez dólares para comprar los gramos de bazuco que necesitaban para arrancar el día y mantenerse en forma para otros asaltos.

La ley de la calle se imponía, más cuando, de lo poco que podía ver Ximena en medio de su angustia, no encontró un solo policía o guardia de seguridad que pudiera auxiliarla. Pensó por un momento en el horror de ser violada, como muchas amigas o conocidas que habían sido llevadas o secuestradas de modo similar hasta habitaciones nauseabundas y oscuras para caer en manos de tipos que hacían de todo con sus cuerpos y luego las soltaban. Ellas no denunciaban nada porque sabían que era gente del barrio y que podían luego ejercer venganza, sobre todo con sus hermanitas menores o con sus padres. O luego, en cualquier noche, en cualquier calle, en cualquier esquina, uno de ellos las esperaba con una navaja.

Algunas familias cogían sus tereques y se iban a otro lado o a otra ciudad para siempre, porque a pesar de que tenían muchos motivos para quedarse, era preferible huir que vivir con miedo para siempre.

Eso supo de los Cedeño, de los Aguayo, de los Zapata. Familias de campesinos que habían logrado encontrar algún empleo u oficio fijo, como de guardias, betuneros, cuidadores de autos, y que alcanzaban a llevar unos 15 o 20 dólares a casa al día para medio pagar la comida de cinco o seis hijos. Y que luego, por la delincuencia que se ensañaba con ellos y no con los ricos, tuvieron que irse a otro lado.

Todo eso tuvo tiempo de pensar mientras caminaban. Ya diez cuadras casi arrastrada; aunque no tenía ánimos para fijarse en el paisaje pero sí por el sudor que le humedecía toda su ropa y le ponía la piel cada vez húmeda y pegajosa. Aunque más o menos conocía el sitio por donde el tipo la llevaba, se dio cuenta que estaba por el barrio Cristo del Consuelo. Le vino a la mente el recuerdo inmediato de la última procesión. Fue con Luis, su mamá y sus tres hermanas menores a pedir por la salud de su papá y por conseguir trabajo. Su papá no iba porque los años de frustraciones habían encallecido su fe, habían secado las últimas gotas del alma, como le decía a su mamá.

La procesión de ese año, 2005, la había sobrecogido y perturbado. Por tres horas había sentido el estrujamiento del pueblo, los olores penetrantes, el compacto bamboleo de la multitud, las manos ansiosas por tocar al Cristo, el sudor pegajoso desde el cuello a los pies, y a lo lejos la sagrada esfinge llevada por cientos de brazos y tocada por decenas de manos que se encaramaban sobre la cruz y la llevaban flotando sobre el calor de la fe profunda: el Cristo, la procesión, su rostro colorado, su sentimiento de culpa y vergüenza por su impensada excitación al sentir a Luis detrás suyo todo el tiempo, en medio del susto. Y ahora, mientras el tipo la llevaba casi arrastrando, ese recuerdo le pegó como un palazo en el ánimo. La estoy pagando, pensó.

Las casas sencillas y mal cuidadas, los portales de metal oxidados,



la pintura descascarada, las calles estrechas, la basura y los tereques depositados en la vereda. El abandonado espacio, lleno de gente y vacío de sentido. Los hombres en las esquinas haciendo nada y mirando a todo lado, acechando, las mujeres refugiadas en las casas, las chicas, las más aventadas contoneándose mientras iban a la tienda, los niños jugando con cualquier aro de bicicleta, ajenos, pero no lejanos a este mundo. Alcanzó a ver todo eso mientras era llevada, como un cordero, hacia la incertidumbre.

El hombre resoplaba del cansancio, pero al menos ya no hablaba y ella evitaba así ese aliento de alcantarilla y esa voz ronca que le causaba tanto escalofrío. Entró por la Calle Z y mientras caminaba con ella, nada menos que en medio de la vía, la poca gente se hacía a un lado. Ximena levantó los ojos al cielo, ay Dios ayúdame, suplicó. Miró los cables de electricidad que cruzaban el horizonte gris, donde colgaban zapatos viejos de caucho, como murciélagos dormidos. No entendía porqué y cómo llegaron ahí. En esas calles se jugaba índor, y los futbolistas lanzaban sus zapatos o los zapatos ajenos a los cables cuando se iban del barrio, para dejar un recuerdo, o cuando perdían un partido de altas apuestas, o cuando se retiraban del fútbol, o simplemente cuando los zapatos ya estaban sin suela y rotos. Pero Ximena no podía saber eso y no lo entendió. Tampoco pensó en preguntarle al tipo, a pesar de que le podía ganar su natural curiosidad por aprender. Pensó que si se lo preguntaba, su secuestrador entendería que ella quería acercarse a través del diálogo, o que estaba a gusto con esa situación inverosímil y terrible.

Nada de eso pasó, pues no tuvo tiempo ni de seguir pensando. Solo por el puro y necio instinto de supervivencia quiso saber dónde estaba. Leyó Sedalana en uno de los oscuros letreros de la esquina superior de una casa color blanco viejo. Luego el tipo la empujó hacia un muro derruido donde había una puerta estrecha. Supo en-

tonces lo que iba a pasar y estalló en un llanto histérico.

—No me haga daño por favor, por lo que más quiera; madrecita, ayúdame!— Rogó en voz alta, pero el hombre sacó un revólver y se lo puso en la frente mientras cruzaban la calle a toda carrera. Ella volvió a un silencio animal, agazapado, esperando lo peor. Pero luego cambió de opinión, no la empujó hacia el solar, porque al frente había varios almacenes donde vendían floreros. Algún dependiente que no estuviera lo suficientemente amedrentado, un comprador curioso, podía darse cuenta. Se la llevó hacia una tienda protegida por barrotes, algo así como un celda que daba a la calle, en Zona Cobra. La empujó con el revolver en la cintura.

—Ahora sí, chucha de tu madre, vas a hablar como sabida y empeñas tus cosas por una caja de vino y cigarrillos. Cuidadito con lo que vas a hacer, dijo.

Ella nunca había hablado como sabida. Sí tenía clara idea de qué se trataba. Antes de entrar en el círculo carismático y alejarse para siempre de esa vida, cuando tenía unos 14 años, tenía un grupo de amigas. Una pandilla juvenil o algo parecido. Antes de cumplir los diez años, ya era norma en el barrio que tenías que pertenecer a una de las pandillas. No era posible sobrevivir a la selva urbana sin ellas. Las hijas de las comadres de su mami, que entonces aún jugaban con ella, la indujeron hacia una en la que se nombraban Las Duras. Las mayores, —una de ellas, Betsy, la corona— ya lucían tatuajes en los hombros, los brazos, el nacimiento de los senos, otras al final de la espalda. Era su forma de identidad. Entonces había sido presentada y sometida al rito de iniciación. Todas las pandillas tenían uno. Esa vez fue convocada a presentarse a la medianoche en el ocho y medio vía a Daule y darle un santo y seña al corona de la pandilla de la cooperativa Juan Montalvo. Nada fácil para ella, que vivía cerca del Cristo del Consuelo. Nada menos que cruzar toda la ciudad, con-

seguir la plata para hacerlo, engañar a su mamá y saber que se iba a preocupar mortalmente, ir por esas calles sin más protección que su figura menuda en medio de la oscuridad, y no saber si se trataba de hacer algo sexual, que sus compañeras ya sabían de lo que se trataba, pero ella apenas intuía aunque le causaba pavor pensarlo. Lo hizo. Llegó, tuvo una buena mentira con su mamá y volvió intacta al otro día con la consigna del corona. Bien, le dijo Betsy con sequedad, y de inmediato entró en su proceso de aprendizaje: fumar haciendo golpe, tomar licor empezando por el vino en cartón, reunirse para las fiestas con las pandillas de varones con las que más tarde, sabía, tendría que compartirlo todo. Y claro aprender a hablar sabido y a escribir en gótico. Los lenguajes que les darían identidad, más que cualquier otra cosa excepto el respeto de los otros a su ferocidad y capacidad de actuar con violencia.

De esa manera aprendió a hablar sabido, no era nuevo para ella. Así que a pesar del terror aceptó comprar un cartón de vino por pedido del tipo.

—¿Con qué plata?, preguntó. Al hacerlo le vio el rostro por primera vez. Ojos feroces y fijos, negros al igual que sus cejas y cabello. Vio una piel de lija llena de granos. Vio un cuello grueso y sucio, sudado, con las venas inflamadas. Vio un tatuaje en el pecho abierto.

—Empeña tus cosas.

Pasó su biblia por los barrotes de la tienda. Le dieron dos cartones de vino. Agradeció, y con ese detalle quiso dar una señal de que no era de la zona ni estaba conforme con lo que pasaba. Pero no paso nada.

—Ahhh, estás con el Zorrillo, le dijo la dependienta.

No contestó. Volvió con las cajas y se las entregó. Sabía que la estaba apuntando con el revólver y por eso no tenía oportunidad de huir. Ahora caminaban por la otra vereda, un mundo que ella

desconocía por completo. Llegaron a otra casa, con una puerta rota y despintada, de metal. Zorrillo golpeó tres veces, siempre detrás de ella. Un hombre bajo, con el cabello canoso y chuto, se acercó a mirar. Ella vio que tenía un ojo vaciado, la piel muy ajada y los dientes podridos.

—Habla como sabida y pide dos paquetes, presionó su secuestrador.

Lo hizo. Recibió unas fundas plásticas con una sustancia dentro. Supuso que era droga. Le pasó sus aretes por en medio de los barrotes de la puerta y el hombre le dio la espalda y se fue. Caminaron otras tres cuadras, él siempre detrás de ella, apuntándola. Vio que era la calle Oriente y se encontraron con un hombre negro.

—Oye, Cheche, estoy con la pelada ¿podemos ir a la casa de Christian?

—Seguro. No hay nadie ahí.

Siguieron caminando, esta vez en sentido diagonal por la misma calle. Encontró un solar con una pared de bloque semidestruida, a modo de cerramiento. Al fondo se veían unas columnas de cemento y un techo de zinc. La hizo sentarse en el piso de tierra apisonada, y le dijo que espere. Tomó los paquetes de bazuco. Abrió el plástico y puso el contenido sobre unos papeles pequeños y cuadrados que parecían de periódico. Lió dos canutos, hizo cigarrillos y prendió uno. Luego, con la navaja cortó por la línea marcada en el cartón de la caja de vino. Ximena vio todo eso en silencio. No era la primera vez que iba a probar la droga. Ya en la pandilla le enseñaron a tragar el humo de manera que no le diera la muerte blanca. Pero fue por eso mismo, porque le dio la blanca y por lo que se sintió morir en medio de lágrimas, vómito, moqueos, y luego por haber querido cortarse las venas del brazo con una tapa de lata de duraznos, que resolvió abandonar al grupo, y luego al barrio.

Ahora estaba ahí, obligada por su secuestrador a tomar el vino y a fumar. Viró la cara cuando Zorrillo le puso el cigarrillo entre los labios. Él levantó el puño derecho y la golpeó en la cabeza. La tumbó al piso del golpe, luego la pateó en las costillas. Ella gritó muy duro. Luego la agarró de los cabellos negros y la arrastró unos metros.

—Óyeme hija-de-puta. Otra que me rechaces y aquí te mueres. Y no grites que no te va a salvar nadie.

Aspiró el humo y se lo tuvo que tragar. Después se llevó a los labios la caja de vino. Bebió un trago muy corto, lo suficiente como para no recibir otro golpe. Pero él insistió que lo hiciera varias veces más. Así que se acabó el pitillo y media caja. Estuvo apunto de vomitar. Se mareó. Perdió nitidez en la mirada, pero de todas maneras vio cómo el Zorrillo hacía lo mismo. Se acabaron las cajas y la droga. Entonces tomó una cuerda fina que estaba en un rincón de ese patio. Le hizo un nudo en uno de los tobillos y le ató las muñecas con la misma cuerda. Luego la amarró al poste.

—Voy a ver más trago y más de fumar.

Ya era de noche. Habrían pasado ya unas doce horas, aunque no lo sabía con certeza. Estaba muy mareada y empezó a llorar, sentada. Pensó en su madre y en su hermana. A esta hora ya estarían navegando un mar de preocupación. Ella nunca había faltado a la casa después de su frustrada iniciación en la pandilla.

Al rato el Zorrillo volvió con dos hombres. Los vio en medio de una bruma mental. Se trataban secamente pero bien, serían sus amigos.

—Qué fue pelada, dijo uno de ellos.

—¿Te sientes mal?, preguntó otro.

Empezó a desatarla al tiempo que decía al Zorrillo que era una bestia por tener a la chica así. Si ella quiere te lo va a dar, si no déjala. Te vas a meter en líos y ella te va a denunciar si es que no la

matas. Eres un cretino, dijo. Se dirigió a Ximena.

—Si te sientes mal puedes acostarte.

Ella lo hizo. Los hombres se fueron, pero el Zorrillo se quedó a su lado. Cuando salieron volvió a patearla en las piernas.

—Quítate la ropa.

—Le ruego que no me haga daño, dijo. Empezó a llorar despacito. Recién tuve un hijo y sigo sangrando, mintió. Le dio una cachetada tan fuerte que le rompió un labio y la dejó atontada por la humillación y el dolor.

Le ordenó que se sentara de nuevo. La dejó en paz cuando uno de los amigos, al que reconoció como negro Cheche, llegó al lugar con otras dos cajas de vino y más fundas de droga. Se tomaron una sola y el negro se fue. El Zorrillo le dijo que se quitara la ropa. Él se quitó la camiseta y blanca y la puso en el suelo. Aparecieron varios tatuajes. Uno en la parte superior del brazo derecho. Un dragón de color azul y abajo la palabra Drago en letras góticas. Otro en el pecho, grande, un ángel negro.

Ella gimió más fuerte, con la mirada siempre al piso, cuando empezó a bajarse el bluyin azul, que ya estaba hecho una porquería. Lo dobló y lo puso a un lado. Se quedó con las bragas puestas. Luego se quitó la blusa por encima de la cabeza y la puso junto al pantalón. Hacía mucho calor por el techo metálico, pero ya no sudaba. Permaneció de pie por breves segundos en medio del patio mientras el hombre, sentado a unos metros, la miraba con los ojos desorbitados. Luego se puso de pie y caminó hacia ella. Le dijo que se acueste sobre la espalda y que abra las piernas. Dios lo ama, le dijo ella, no me haga esto. Hizo a un lado el protector del interior y la penetró furiosamente sin bajarse los pantalones por completo. Le había puesto la boca de la pistola entre los ojos. Ella permaneció inmóvil e inerte a sus arremetidas, con los ojos cerrados. Él duró varios mi-

nutos y solo se escucharon sus bufidos.

(Silencio. Ella permanece absolutamente quieta. Congelada, distante, proyectada hacia fuera de sí misma, del asqueroso lugar donde esta secuestrada, del piso de tierra. Su mente vuela, se concentra en el ruido de la calle. El pito de un bus, una puerta que se cierra de golpe, a lo lejos una canción de salsa, trata de identificar la letra, no lo sabe, le interrumpen su esfuerzo, los gruñidos del agresor, “muévete perra, hazme gozar”. Siente una angustia enorme, cree que no lo va a soportar y va a perder la razón, piensa en su madre por una ráfaga de segundo y siente como su corazón se desgarró hilacha tras hilacha; borra de golpe esa imagen para no sufrir, no quiere sufrir, siente sus lágrimas por las mejillas, los ojos cerrados, siente la cabeza a punto de estallar, un gran latido cada segundo como un martillo golpeando una puerta de metal. Es el dolor, el dolor que es del cuerpo y de lo que se le desploma por dentro; le dan ganas de vomitar, el asco asciende desde muy el fondo de las tripas, lo siente a galope por sus entrañas; el horror, el asco, pone la mente en blanco, intenta ponerla, qué debe hacer una en estos casos, nadie está preparada para esto, nadie. No oye al tipo, nada de lo que dice, no le comprende, no quiere comprender nada, ni salir del mar de confusión en que la han metido, ni siquiera los gemidos que son ahogados por un trapo sucio en su boca, nada...).

La droga y el vino la mantuvieron en un letargo. El Zorrillo se levantó en silencio, y se subió los pantalones. Caminó hacia una bodega pequeña y semidestruida, y volvió con un galón plástico lleno de agua. Anda atrás y lávate esa porquería, ordenó. Se quedó mirándola en silencio a sus pies y la pateó en las pantorrillas.

—Apúrate, puta de mierda, no tengo todo el día.

(Ella no levanta la mirada del piso, recibe el recipiente sentada a medias, con un sola mano, con la otra se cubre los senos. Espera que

el tipo dé la espalda pero no lo hace. Intenta ponerse en cuclillas pero casi no siente las piernas, está muy cansada, casi desfallecida, incapaz de levantarse. Al final lo logra y se queda así unos segundos, con la cabeza agachada, el largo y sucio cabello cubriéndole el rostro. Siente las lágrimas, los escupitajos en el cerebro, la sensación de que alguien se ha reído mucho mientras la pateaba, la asquerosidad del esperma resbalando. Se levanta y camina despacio, no siente el cuerpo, como si fuera el de otra persona, y por eso le duele, piensa que es el cuerpo de otra al que han hecho esto. Sigue confundida, es una niña perdida, no encuentra a su madre, sabe que no está ahí y es probable que no esté nunca. Cree que va a morir, presiente que va a morir y esa angustia dispara su corazón. El tipo sabe que ella lo puede denunciar. Se acerca a una esquina posterior del solar, se pone otra vez en cuclillas, le alivia la frescura del agua pero siente mucho dolor abajo, se lava la cara también, ni siquiera se imagina en qué estado se encuentra, ha perdido toda noción de pudor y decoro. Entonces ve la sangre y todo lo demás se esfuma y desaparece).

Él se quedó mirándola por un instante. Se levantó al ver que se había caído. Se acercó y la tomó por la parte de atrás de los cabellos y la obligó a sentarse.

—No te me vas a morir aquí, chucha de tu madre.

La golpeó en la espalda con la rodilla y la arrastró hasta el sitio donde la violó. Si abres la boca te mato y te boto en la Perimetral, le dijo. Ella reaccionó con silencio a la nueva andanada de bestialidad. Lo escuchaba muy lejano, su voz sonaba como la de un parlante viejo, pero no sabía si se debía a que había decidido no reaccionar, guardar sus pocas fuerzas para escapar, para evitar la muerte que sentía inminente.

Ella se vistió con lentitud y en silencio. Primero se arregló la ropa interior roja, ahora llena de tierra; después se puso el pantalón, tan

sucio como si lo hubiera arrastrado un perro, y finalmente la blusa. Al tomar esta prenda blanca la olió y sintió asco de su propio sudor. Se la puso despacio cuidando de no lastimarse más los brazos, que estaban ya morados por los golpes y estrujones recibidos.

Empezó a sollozar nuevamente. Cuando terminó por recogerse el cabello vio que el hombre estaba semidormido, arrimado a la pared. Pensó que sería una buena oportunidad de escapar. Si el tipo no reaccionaba por la borrachera y el cansancio tendría unos treinta segundos. No lo dudó. Aún con los pies descalzos, corrió a toda la velocidad que pudo hacia la puerta, pero estaba cerrada con un candado, por fuera. Él abrió los ojos y la miró con aire extraño. Se dio cuenta de inmediato, entonces se levantó de prisa, la tomó por el brazo derecho y la pateó en las canillas. La empujó con furia silenciosa y precisa contra la pared y le atizó una cachetada. Luego la mantuvo prácticamente guindada de los cabellos sobre sus pies y siguió golpeándola en la cabeza con la mano abierta. Solo se oían los golpes del cuerpo contra el metal, ni un solo grito. Luego la tumbó de nuevo en el piso y le puso la pistola en la frente. Le ordenó que se quitara la ropa de nuevo. Dios lo ama, le repitió ella. Ya déjeme ir, no me mate, no lo voy a denunciar. Más te vale, le contesto. Ahora quítate la ropa. Ella volvió a llorar despacio y empezó por el pantalón. Ahora la obligó a desnudarse por completo.

Cuando terminó, ella se recostó sobre su costado en posición fetal, tomándose las rodillas con las manos. Él puso una rodilla sobre su cabeza y le dijo que se coloque sobre la espalda y abra las piernas si no quería que ahí mismo le partiera el cráneo. Al oír su tono determinado, ella cedió.

No había un solo foco en el lugar, pero la tenue luz de la calle impedía la oscuridad total. Cuando el Zorrillo se levantó con signos de agotamiento, ella se puso sobre un costado, sobre el piso húmedo.

Estaba empapada de sudor y totalmente exhausta. Empezó a llorar despacio, nuevamente.

—Ya cállate, ordenó.

Siguió temblando en silencio. Se quedó inmóvil mientras con el rabillo del ojo miraba cómo su agresor se recostaba junto a la pared. Parecía agotado. Vio que empezaba a cerrar los ojos, se adormecía, pero de pronto se despertaba en su vigilia, con la pistola en la mano.

No supo cuánto tiempo pasó así, también luchaba por no dormirse, pensaba que podría no despertar, que la degollaría, que nunca saldría de ese asqueroso lugar. Volvió a pensar en su madre, en el sufrimiento junto a su tumba en el cementerio general. La angustia la torturaba aún más que su cuerpo. Morir como un perro. Dejó de pensar y se propuso no dormir, era su boleto a la supervivencia.

Cuando el Negro Cheche entró al solar vio al Zorrillo semidormido, arrimado a una pared de bloque de cemento. Vio a la chica recostada. Parecía también dormida pero notó que se quejaba tenuemente.

—¿Es su novia?

—¿Cómo dice?, contestó ella y se incorporó despacio.

Le dolía todo, hasta el pelo. Sentía los labios hinchados, le ardían los ojos, vio las uñas de los pies rotas, con sangre, se imaginó que alguien la arrastró por todas partes atada a la cola de un caballo.

—Si es que es su novia, pregunto.

—No, me tiene secuestrada desde la mañana.

Se acercó hasta donde el Zorrillo que estaba dormido en el piso. Le pateó en las pantorrillas hasta que reaccionó. Apretó la pistola pero el Negro le puso su navaja en el cuello.

—Párate y lárgate, le dijo en tono terminante.

—¿Me quieres quitar la pelada?

—Solo lárgate.

—Ya vas a ver negro miserable, te quieres quedar con mi pelada. Es mi novia.

El Negro Cheche empujó el puñal contra el cuello. El Zorrillo notó la decisión en sus ojos inyectados. Recogió la camiseta que estaba en el piso, se la puso bajo el brazo y sin regresar a ver salió en silencio hacia la calle.

Ximena no se movió un solo milímetro, se tensó como un animal asustado y esperó, acostada, a que el negro se desvistiera. Pero en lugar de eso vio que le tendía la mano. Ella la sujetó lentamente, más con cansancio que con miedo. El negro la jaló con fuerza hacia él y la ayudó a levantarse.

—Vístase, le ordenó con sequedad.

Cuando estuvo lista abrió la puerta del solar, puso el pie en la vereda con el cuidado de un gato en cacería, miró hacia los lados y al fondo de la calle. Luego, sin soltarla de la mano, la ayudó a salir.

—¿Puede caminar?

—Sí. Ayúdeme a coger un taxi para irme a mi casa.

—No puedo hacer eso. Camine dos cuadras hacia la derecha. Ahí verá un patrullero de la Policía. Esos paran ahí, es un bar. Pídale ayuda.

—¿Y el Zorrillo, está por aquí?

—No, ya se fue. No se preocupe. Me tiene miedo. Cree que estoy acostándome con usted. Vaya rápido y vea que no la persigan.

Aún perpleja, Ximena caminó paso a paso las dos cuadras oscuras y solitarias. Parecía una mujer borracha, con la ropa completamente sucia, el cabello alborotado, como si hubiese salido de una riña callejera en medio del lodo y se alejara lamiéndose las heridas y completamente sucia y enajenada. Caminó por la parte interna de la vereda, despacio y en silencio. Miró para todos los lados, esperando que apareciera el Zorrillo para matarla. La angustia le apretaba el

corazón, pero estaba determinada a seguir. Unos cincuenta metros más adelante vio el patrullero en el lugar donde el Negro Cheche dijo que estaría. Dos policías estaban durmiendo en el asiento de la camioneta de doble cabina. Con las luces apagadas y los seguros de las puertas puestos. Golpeó con los nudillos el vidrio del lado del chofer hasta que este se despertó. Tenía la piel morena y el pelo ensortijado, con unos cachetes grandes y los ojos pequeños y juntos. La frente pequeña. Con la mano izquierda bajó un poco el vidrio y con la derecha apretó su pistola de dotación. La miró de arriba abajo. Pensó de inmediato, por su aspecto, que era una drogadicta más de las varias que pululaban por el lugar. Pero la vio llorando, y con ojos tristes y aterrados, con la mirada perdida. Algo había pasado.

—¿Qué pasa niña?, preguntó.

—Ayúdeme por favor, un hombre me tuvo secuestrada todo el día a dos cuadras de aquí y me violó. Varias veces.

El policía la miró lentamente desde la cara a los pies. Asustada, los ojos con lágrimas, el rimel desparramado por las mejillas. Vio su cuerpo como midiendo la verdad por su aspecto. El labio partido e hinchado, el pelo sucio a medias recogido, los ojos de animal asustado, el cuello rasguñado. En estos barrios seguro que se trata de una violación, ninguna denuncia al marido por golpes a menos que sea la brutalidad desatada, para entonces ya están muertas.

—¿Segura que no es su novio y se peleó?, preguntó para asegurarse.

—No, se lo juro por mi madrecita. Ayúdeme.

—Súbase.

Abrió la puerta de su mismo lado sin bajarse. Ella entró en el asiento de atrás. Por primera vez se sintió segura. Vio las calles, pero ya no sabía dónde estaba.

El compañero del chofer policía despertó cuando arrancó el ve-

hículo. Un muchacho pelirrojo, lleno de pecas, con los ojos claros y despiertos.

—Soy el cabo Miranda. ¿Qué le pasó?

Ella les contó.

—¿A dónde vamos?, preguntó. Ya no se sentía tan segura.

—Al retén de Oriente. Es más, estamos cerca, ya llegamos.

Se detuvieron en una calle en penumbra y solitaria. El rubio se apeó primero, abrió la puerta de la camioneta y la ayudó a salir. El policía moreno se puso a sus espaldas. Así, uno detrás de otro, entraron a la central policial. Una habitación grande sin aire acondicionado. Ella sintió de inmediato el golpe del calor de marzo que no da tregua ni en las madrugadas. Apareció frente a ella un policía bastante más viejo que sus acompañantes. Estaba sentado detrás de un escritorio de metal a todas luces deteriorado y mal mantenido. La invitó a sentarse frente a él, en una silla de color negro, despostillada en las patas y con el espaldar roto. El único adorno en la pared era el escudo de la Policía. Ella vio tres escritorios, varios archivadores y máquinas de escribir grandes y pesadas. Nada más. El policía viejo la miró de reojo mientras con la cabeza inclinada escribía a mano sobre una libreta de papel periódico. Era meticuloso y concentrado, como un escolar de tercer grado en su lección de caligrafía. Con sus dedos gruesos, de uñas como grandes escamas, apretaba muy duro la pluma de color azul. Se demoró al menos dos minutos. Entonces guardó la pluma en el cajón inferior del escritorio, dobló con cuidado la hoja y también la guardó en el mismo cajón. Levantó la cabeza e hizo un gesto con la barbilla al policía rubio y pecoso. Luego se quedó inmóvil y la miró con calma, examinando a ese nuevo ejemplar de la noche en ese barrio de mierda, al que fue enviado como castigo por escaparse dos horas antes de la hora de salir franco. Masticó la rabia cual un chicle invisible y apretó las mandíbulas.

—¿Qué le pasó, niña?

Ella, que había aguardado con similar paciencia que los policías que la acompañaban los regresó a mirar. De pie, en posición de descanso, con las manos detrás de la espalda.

—Cuente niña, la animó el moreno. Ella aspiró profundamente.

—¿Desde el comienzo?

—Todo, respondió.

Buscó un respaldo invisible en un punto del techo. Luego sembró la mirada en la pared y empezó a contar con voz de robot lo que le había pasado desde las ocho horas de ese día. También les describió el sitio donde estuvo y la cara del Zorrillo.

Luego de varios minutos de hablar en voz tan baja que todos debieron inclinarse para escucharla bien, preguntó la hora.

—Son las once de la noche, le informó el policía viejo.

Ella bajó la vista e hizo las cuentas: quince horas secuestrada.

—¿Qué edad tiene?

—Veintitrés años. ¿Qué van a hacer?

Lo vamos a detener. Por la descripción que usted nos da, es un violador que estamos buscando desde hace rato. Quédese aquí con el policía Gallardo.

El mencionado, que resultó ser el rubio, se puso rígido y chocó los tacos de las botas al escuchar su nombre.

—Escuche niña, le dijo. Quédese tranquila. Es difícil para usted entenderlo, pero a pesar de todo, créame, tuvo suerte.

Ella no lo entendió.

## Cuando mañana me asesinen...

Al revisar su correo, el periodista Mistral Valencia encontró una carta que le supo a la última voluntad de un suicida. Será transcrita aquí, de manera íntegra, con la esperanza de que la memoria, esa señora que escondemos debajo de nuestras alfombras de conveniencia, no nos abandone al relatar estos tiempos de espanto.

La carta era de Pedro Granja, un abogado guayaquileño, vocinglero, malhablado, temerario y apasionado. Un mes antes de que esa carta llegara a su correo electrónico —como habrá llegado a muchos otros y la habrían leído y muchos otros no se acordarían del hombre y otros cuantos se acordarían pero no les importaría; y otros se acordarían, les importaría pero tendrían miedo de abrir el correo sabiendo ahora que un Gran Hermano estaría atento a los correos que pasan por su buzón electrónico bajo las palabras clave Correa, terrorismo, derechos humanos, y un largo etcétera— a Pedro lo agarraron varios desconocidos en la calle y le dieron una paliza que le rompió las costillas y lo mandó al hospital, pero el hecho apenas mereció un corto en algunos periódicos que se atrevieron a ello. Tiempos de miedo, pero sobre todo de sometimiento voluntario y servidumbre.

La carta estaba firmada por *El peor abogado de la historia*:

“Les voy a hacer una confesión: debo ser el peor abogado de la historia. Bueno, al menos así me siento.

“He fracasado con una regularidad exigiendo justicia para una

niña que fue torturada, abusada sexualmente en innumerables ocasiones y como producto de los ultrajes resultó embarazada.

“He fracasado como abogado en este caso. Lo peor de todo es que, como nací babieca, es decir, como soy un idiota por vocación, no logro comprender lo que el poder judicial ecuatoriano y la Secretaría Nacional de la Desinformación me quieren hacer entender a punta de combazos: la niña, según ellos, tuvo la culpa, por usar pantaloncitos cortos (propios de cualquier menor) y seducir a un degenerado. Y además, esta niña es una negligente, según los dueños de la verdad, porque las niñas, hoy por hoy, no pueden quejarse de un gobierno que les facilita la pastilla del día después y hasta les obsequia preservativos en un derroche de amor a la patria y como muestra de su compromiso con una sociedad en la que está prohibido olvidar a los saqueadores del tesoro nacional, a los plagiadores de tesis, a los comecheques, a los falsificadores de títulos profesionales, a los que regalan nuestro dinero al primer aventurero argentino que pide préstamos y empeña los bienes del mismo Estado y a los violadores. Obviamente, a ellos les caerá todo el peso de la ley y contra ellos no faltarán cadenas nacionales de radio y televisión, siempre que “ellos”, sean de un partido diferente al que hoy detenta el trono sagrado.

“Como yo no soy capaz de digerir intelectualmente esta distinción ante la ley, me multan, me sancionan, me mandan a poner —con mucha delicadeza por cierto— el cañón de una pistola en la boca, me llaman por teléfono para narrarme como me van a golpear y a desmembrar, también para explicarme que tienen poder suficiente para secuestrar a mis hijas y como eso no basta para hacerle entender al necio, no encontraron mejor opción que molerme a palos, en manada, siempre en manada, porque ni para eso son suficientemente hombres estos cobardes, me rompen las costillas, me ponen los pulmones al revés y bien gracias, la patria sigue avanzando y yo me



sigo yendo al carajo porque en este país no hay, salvo dos o tres periodistas valientes, nadie que quiera informar al mundo lo que ocurre a uno de los pocos insensatos que se atrevió a desnudar la farsa de la revolución de la justicia en el Ecuador. Y para que el pastel sea completo, el mismo día de la agresión y horas después todavía, se activaron las cuentas en redes sociales —dedicadas a la defensa patriótica de la revolución durante las 24 horas del día— a hacer mofa del atentado y a demostrar que a ellos les interesa poco o nada todo aquello que se denuncia, que para eso y no para otra cosa se le metió la mano a la justicia, carajo. Esto es, que si ayer los socialcristianos declarados dueños de las Cortes sentenciaban al débil y liberaban a sus amigos, hoy, esos mismos socialcristianos o sus hijos que da igual, sentencian a los mismos débiles de ayer y liberan a sus nuevos amigos que ahora ya no viven en el Centenario ni Urdesa sino que se mudaron a Samborondón y ya no tienen posters de Febres Cordero en sus dormitorios sino que los cambiaron por uno de Carlos Marx y Hugo Chávez, los que generalmente vienen en combo con uno más pequeño de Charles Manson.

“Quiero decirles algo importante amigos, pero antes, abran los ojos. Solo los niños y los que estamos a punto de morir decimos la verdad de un modo particularmente brutal.

“Soy el peor abogado de la historia porque fracasé en el caso Glas Viejó; todavía tengo pesadillas de impotencia viendo a Carolina Llanos condenada a 20 años de reclusión pese a que fue acusada con los mismos “argumentos” con los que se pretendió imputar a un ex asambleísta que fue declarado inocente (es preciso recordar que a esta mujer la torturaron en el Penal de Mujeres de Guayaquil hasta hacerla abortar); fracasé defendiendo a Mery Zamora a la que han condenado por sabotaje con un video cuya transcripción no la hizo el perito designado por la Fiscalía sino la Secom; volví a fracasar

en el caso Fernando Balda; antes, no me aceptaron la acción de protección por los insultos que dirigió una señora de la revolución denigrando a los hijos de Abdalá Bucaram Pulley; y antes fui incapaz de vencer al candidato del gobierno en las elecciones del Colegio de Abogados del Guayas. Apenas logré aportar en la defensa de Galo Lara Yépez y evitar que este señor, en su momento con un estilo muy similar al mío, se pudra en una ergástula; apenas logré contribuir a la liberación de los 10 de Luluncoto, luego de una entrevista en Ecuavisa que generó pánico internacional en sus captores quienes luego de un año de secuestro decidieron liberarlos ante la exposición de aberraciones procesales que expusimos en televisión nacional.

“En este momento de mi existencia, cuando sé que muy pronto volverán por mí, esta vez, no ya para amilanarme sino para cumplir la orden de personajes que no soportan mi frontalidad para recordar su miseria humana, quiero aprovechar estas líneas para agradecer a todos vosotros por sus muestras de solidaridad, de respaldo, a veces de cariño, otras de una estima que sinceramente reputo inmerecida.

“Son tantos los amigos que han llamado a mis familiares para solidarizarse conmigo que realmente creo que, pese a ser el peor abogado de la historia, he generado pavorosos debates sobre un poder judicial que sucumbió ante una de las maquinarias más demoleadoras del pensamiento libre.

“Muchas cosas han pasado por mi mente en estos días en que respiro con dificultad por las lesiones derivadas del cobarde asalto del que he sido víctima. He tratado de encontrar alguna explicación a mi insolvencia intelectual como abogado. He sido alumno de Jorge Zavala Baquerizo, de Edmundo Durán Díaz, de Juan Vizuetta, de Byron López, de Alfonso Luz Yunes. Con todos ellos aprobé con honores. Ellos me recuerdan con especial afecto y consideración.

En el plano de mi capacitación en Universidades extranjeras he tenido la dicha de ser pupilo de Luigi Ferrajoli, de Marina Gascón Abellán, de Gianrico Carofiglio. Dedico seis horas diarias de mi vida a leer compendios enteros de Filosofía del Derecho, Teoría del Proceso, etc. He sido profesor de las más prestigiosas Universidades de este país, claro está, hasta antes del caso Glas, en el que misteriosamente se me cerraron todas las puertas y me dijeron con una sonrisa propia de los hipócritas: Pedro, tú entiendes cómo es esto, te pusiste a meter la cabeza donde no debías. No queremos problemas con esta gente.

“Hoy, creo que tengo la posibilidad de huir como un buen cobarde y dejar abandonada a todas esas personas que han confiado en mí, pese a que saben que yo, que yo soy el peor abogado de la historia.

“No voy a huir, yo no sé vivir así. Voy a quedarme en esta tierra que es tan mía como suya. No me voy a ir, me niego a morir bajo un sol forastero hablando en otra lengua, viviendo en la comodidad de un purgatorio silencioso mientras conozco el martirio de mis hermanos en las brasas del averno construido por una banda de cerdos que han prostituido la palabra libertad.

“A @basoledispa, a todos los hermanos de la resistencia, que me han expresado su solidaridad y su afecto, mi gratitud eterna. A ustedes, no los puedo nombrar uno a uno porque sería un acto canalla de mi parte, inmediatamente activarían en su contra las ridículas sondas marcianas para violar su intimidad nuevamente y hacer mofa de algún problema de salud que los afecte, como ya lo hizo en el pasado un payaso cósmico, que se sabe amparado por este triste momento de la historia nacional y ladra cada vez que le piden resultados científicos de la cafetera que lanzó hacia el cielo con una resortera.

“A Carlos Vera, a su hijo Carlos Andrés, a Carlos Jijón, antes que nada, manifestarles mi reconocimiento a su invalorable rol en esta

batalla por la vida. Soy un ser humano, una suma de errores y defectos; la diferencia con el tirano es que soy capaz de reflexionar y pedir disculpas a quienes he ofendido.

“En el fragor de esta lucha, he sentido más de una vez la desesperación y la agonía al ver sepultadas la razón y la justicia. Siento vergüenza por las frases desatinadas que, en alguna oportunidad, pude dirigirles.

“No concuerdo con su plexo ideológico pero admito que mi obligación moral es reconocer que, fui infectado por el veneno que vierte un sujeto durante años en todos los canales posibles. Parodiando a Gogol, hay que tener mucho cuidado porque en ocasiones se lucha tan frenéticamente contra una dictadura que terminas adoptando algunas de las posturas que censuras.

“A los pocos periodistas independientes y valientes que quedan, mi abrazo fraterno. Gracias por no callar. No los voy a nombrar porque pondría en peligro sus vidas.

“Cuando mañana me asesinen, no crean en las fábulas que seguramente dirá el Ministro del Interior. Ojalá este sujeto, antes de abrir su boquita, les presente una verdadera investigación sobre el suceso. Yo no tengo vida social. Soy un tipo que siempre vivió encerrado en sus libros, que ni siquiera enciende el televisor en las noches y únicamente salgo en horario nocturno a dar una conferencia cuando los muchachos de las asociaciones estudiantiles me invitan.

“No debo un solo centavo a nadie; no tengo relaciones inusuales con nadie; no estoy escribiendo un libro hablando de los carteles de la droga que operan en Ecuador; no estoy investigando sobre el uso que se le ha dado a los bienes incautados a los hermanos Isaías; tampoco vendo ni conozco como instalar cámaras ni circuitos cerrados para conocer aspectos de la vida privada de ningún político. Si me matan será por las causas que defiendo.

“Es meridiano, que desde una cuenta en una red social se ha promocionado mi asesinato, una cuenta administrada por un patético voyeur de twitter, un raquíptico heredero de Pancho Jaime que debería encerrarse en una clínica para rehabilitarse por su problema de adicción a las drogas y dejar de hacer apología del crimen en detrimento de todos aquellos que pensamos diferente y no coincidimos con un gobierno que destila odio. Se trata de un sujeto que se cree una lumbrera pero proporciona menos luz que una lámpara de keroseno.

“¿Qué más se puede esperar de un sujeto al que le obsequian un título de doctor en una Universidad que no está autorizada para conceder ese grado a nadie? Por si fuera poco, con una sola tesis logró, por arte de magia revolucionaria, que le regalen cartones similares a su perro, a su gato y a un grupo de personas más, cercanas a su linaje pretoriano. Es que esta gente, por ancestro, convirtió a la academia en un refugio de pistoleros de poca monta y hasta involucrados en el delito de coyotaje estuvieron.

“Yo no seguiré en las redes sociales. No vale la pena. No hay espacio de mi vida que estos miserables no controlen. Me vigilan las 24 horas del día.

“Jamás han hecho absolutamente nada para investigar todas las amenazas que recibo, las llamadas telefónicas al hogar de mi padre, los ataques orquestados siempre horas antes de presentar documentos que demuestran como un sujeto acusado de violación de una niña se pasea libremente por todos los aeropuertos de la América “socialista” y en el colmo de la ausencia de vergüenza, quiso entrar a Orlando.

“A Danny Ayala, un tuitero de la resistencia lo localizaron en forma inmediata, más tardó el Rey en pedir que lo hagan comparecer a sus pies que su guardia imperial en ubicarlo. Su “pecado” fue, según

el Rey, instigar a su asesinato, como si fuera tan fácil eliminar a un tipo que se mueve con más agentes especializados de seguridad que un jeque árabe, se traslada en capsulas blindadas y hasta cocinero belga tiene para que le prepare exquisitos platos, que previamente ingieren los bufones para evitar ser envenenado, platos de esos que degustan solo los pelucones a los que tanto dice odiar.

“Al patético heredero de Pancho Jaime, al que judicialmente responsabilizo de estar detrás del fallido atentado en mi contra (que no terminó como él esperaba porque Dios no me ha abandonado), nadie lo investiga.

“Responsabilizo a este sujeto, que durante las 24 horas del día se dedica a defender al gobierno nacional en las redes sociales, de cualquier evento nefasto vinculado a Pedro Granja o a su familia. La poca importancia que le da Galo Chiriboga a mis denuncias no me sorprende. Alguien debiera decirle a este señor que el juicio de Galo Lara ya se acabó y que no es mi culpa haber leído toda mi vida y contribuir a demostrar la inocencia de este señor. Creo que la obligación del Fiscal General es investigar mis denuncias haciendo abstracción del particular fastidio que me tiene.

“Finalmente, quiero decirles, que son falsos todos aquellos rumores, en el sentido que renunciaré a la defensa de la menor torturada y ultrajada sexualmente en el caso Glas Viejó. Antes de traicionar a la niña, me suicidaré.

“Prefiero que vengan los verdaderos odiadores a asesinarme, que vengan quienes están detrás de todos los ataques en mi contra, esos que se disfrazan de dueños de la verdad y desde un avatar de mujer pretenden adulterar el debate serio sobre las recurrentes violaciones a los derechos humanos que se dan en el Ecuador a acabar con mi vida.

“Les pido perdón a todos mis hermanos por aquellas ocasiones en

las que me exalté. Gracias por enseñarme, a estas alturas de mi vida, el verdadero significado de la palabra solidaridad.

“Recuerden que Dios se convirtió en hombre para evitar que el demonio se convierta en Dios... Sus tiempos son perfectos. Dios ha bendecido a sus hijos perseguidos por la justicia de los filisteos, él me bendice día a día porque de lo contrario, los delincuentes que me persiguen ya me habrían eliminado.

“Un abrazo a todos, que no muera la capacidad de indignarnos ante tantos atropellos, porque en ese preciso instante, los fascistas nos habrán ganado la batalla”.

Firma Pedro Javier Granja, el peor abogado de la historia.